CAPITULO XXV.

PUEBLA Y HUAMANTLA.

La mañana del 24 de Septiembre se hallaba el general Santa-Anna á la cabeza de mil y quinientos dragones y cuatro piezas de artillería ligera, en las cercanías de Puebla, disponiendo su entrada á esta ciudad, la que efectivamente verificó á la una de la tarde. Fatigadas las tropas por la marcha y los sucesos que la precedieron, desprovistas de recursos, y desalentadas, en fin, tanto por estas razones, como por las repetidas derrotas que habian sufrido, no estaban sin duda en el estado que podia apetecerse para emprender con buen éxito el sitio á que se les destinaba: generalmente se acusaba á la caballería de que su desobediencia habia dado el triunfo al enemigo en algunas acciones habidas en el valle de México, principalmente en las de la hacienda de los Portales y Molino del Rey, en cuyos puntos se resistieron á dar la carga que se les habia ordenado. Sin embargo, éstas eran las fuerzas con que el general Santa-Anna se proponia protejer las operaciones militares del general D. Joaquin Rea, y sitiar en Puebla á la seccion americana, que se hallaba ocupando el barrio de San José, dentro de la ciudad, y los cerros de Loreto y Guadalupe que la dominan completamente. Esta seccion tendria cosa de quinientos hombres con artillería gruesa, y estaba al mando del coronel Childs.

Cuando nuestro ejército se retiró á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, el general en gefe no practicó este movimiento como consecuencia de un plan fijo para sus futuras operaciones; pero considerando que la base de las del enemigo estaba en Puebla, creyó que recobrando esta ciudad, pondria en grave conflicto al general Scott, que quedaba cortado de toda comunicacion en el corazon de la República. Acaso se animó tambien el general Santa-Anna á dar este paso por los rumores que se hacian correr en aquellos dias, de que los americanos estaban ya al rendirse, hostilizados por las fuerzas nacionales de aquel Estado y las demas que mandaba el general Rea.

El general Santa-Anna recorrió esa tarde á caballo algunas de las calles de Puebla, y aunque lo seguia multitud de gente del pueblo, solo una que otra vez lo victoreaban. El general Rea, como comandante de la plaza, declaró por medio de un bando, quedar reducida la ciudad á rigoroso sitio, y sujeta á todas sus consecuencias. El dia 25 el general Santa-Anna, que estableció su cuartel en el Cármen, dirigió una intimacion al gefe americano Childs, para que dentro de veinticuatro horas se rindiera á discrecion, ó de lo contrario tendria necesidad de destruirlo, á la cual éste contestó, despues que habia ya espirado el término de aquella, que habiendo merecido la honrosa confianza de conservar aquellos puntos, estaba resuelto á morir con toda su fuerza, ántes que entregarlos: desde entónces las hostilidades que se habian suspendido hacia cuarenta y ocho horas, fueron renovadas, contestando los enemigos al fuego que se les hacia por nuestra parte, con tiros de cañon, granadas y cohetes.

Antes de la llegada del general Santa-Anna, el general Rea, situado en el cerro de San Juan, fuera de los tiros del de Loreto, se habia ocupado constantemente en cortar los víveres al enemigo, y en introducir por las noches algunas fuerzas pequeñas á posesionarse de varios puntos de la ciudad, desde donde procuraba desvelar al gobernador americano con un continuo tiroteo. De todas estas escaramuzas, apenas son dignas de notarse una que otra en que se consiguió cualquiera pequeña ventaja, y lo mismo puede decirse de los movimientos practicados hasta la tarde del 28, en que fué rechazada por la infantería del general Rea una pequeña columna enemiga, que intentó entrar á las calles centrales de la ciudad para proporcionarse víveres.

Este hecho entusiasmó al pueblo, que victoreando á la República y á los gefes, se dirigió al Cármen, pidiendo al general Santa-Anna le permitiese llevar las piezas ligeras que estaban situadas en la plazuela, para batir con ellas al enemigo.

El general Santa-Anna consintió en la demanda del pueblo, y tirada por paisanos, fué en el momento á situarse por Santa Rosa una pieza de á cuatro, frente á otra de á ocho que el enemigo tenia á distancia de trescientas varas: pronto fué desmontada la nuestra, pues no obstante que estaba atrincherada con pacas de algodon, el enemigo logró hacerle pedazos la rueda izquierda. A pesar de esto, el oficial que mandaba aquella, hubiera continuado haciendo fuego, á no habérselo impedido el comandante del punto.

El coronel Childs, gobernador civil y militar de Puebla, en el parte que dió al general Scott, encarece tanto los esfuerzos de los sitiadores y el mérito de la resistencia de sus tropas, que á la simple lectura de este documento, pudiera creerse que se trataba de un sitio de veintiocho dias, como asegura Childs, sostenido por los mas brillantes hechos de armas. No es la primera vez que los gefes americanos han querido aumentar el mérito de sus triunfos con mengua de la verdad. El 24 de Septiembre se declaró la ciudad de Puebla en estado de sitio, y el 1.º de Octubre lo habia ya levantado el general Santa-Anna, retirándose con sus fuerzas á Huamantla: durante todo este tiempo, y aun desde ántes, no se habia hecho otra cosa que hostilizar al enemigo con escaramuzas de mas ó ménos consecuencia, entre las cuales solo se cuentan de mas consideracion los sucesos del 28, que quedan referidos, y los del 30, reducidos á haber puesto en la madrugada de este dia una pieza de á seis por el barrio del Alto, en un punto dominante, que podia producir buenos resultados, sostenida por veinte hombres de la compañía de Huachinango.

Tales fueron los únicos movimientos que emprendió el general Santa-Anna para ocupar el cuartel de San José y rendir los cerros de Loreto y Guadalupe. Al frente de mas de dos mil hombres de infantería y otros tantos de caballería, con auxilios que estaban en camino de las tropas del general Reyes, y entónces con la suficiente artillería para emprender un movimiento grande, se ocupó solamente en escaramuzar, sin acordarse de la tronante intimacion con que habia amenazado al coronel Childs.

El sitio de Puebla, si merecen este nombre las operaciones militares del general Santa-Anna en aquella ciudad, ha sido un hecho sin consecuencias de consideracion para la guerra: la caballería permanente y la mayor parte de la infantería que estaba bajo las órdenes de aquel general, nada tuvo que funcionar en esta vez, ni se ocupó en otra cosa que en talar los campos de las inmediaciones de Puebla, y en oprimir á los habitantes pacíficos de las cercanías.

La falta de plan por parte del general Santa-Anna, acaso nos ha privado de alcanzar algunas veces la victoria, pues es ya un hecho incontestable, que no ha acostumbrado este general batir con todas sus fuerzas al enemigo, ántes bien nos consta que en el valle de México casi todas las batallas se han empeñado entre el grueso del ejército americano y una parte de nuestras tropas, quedando la mayoría de éstas en espera de órdenes para obrar. Si en Puebla se hubiese dado accion con todas nuestras fuerzas, el coronel Childs se habria visto en un gran conflicto para poder resistirlas, cuando ménos por la superioridad numérica con que contábamos.

El 1.º de Octubre levantó el general Santa-Anna la division que tenia sobre Puebla, dirigiéndola con rumbo al Pinal: tenia noticia de la aproximacion del convoy de carros con recursos, víveres y algun refuerzo de tropa que venia para Puebla y México, bajo las órdenes del general Lane. Llevaba el general Santa-Anna dos mil quinientos infantes, otros tantos caballos y seis piezas ligeras, segun el cálculo que se pudo formar en Amozoc, en cuyo punto se reunieron á las doce del dia todas las fuerzas, prosiguiendo la marcha hasta Nopalúcan.

El 3 de Octubre se pasó en Nopalúcan revista á nuestras fuerzas, y habian desertado en los dos dias anteriores mas de mil infantes de la Guardia Nacional de Puebla y algunos otros de línea. Esta nueva leccion demostró al general Santa-Anna cuál era su verdadera situacion; y abatido por la série de reveses que habia sufrido, dispuso devolver la infantería para Puebla; remitir para Oajaca, escoltadas por el escuadron de aquel Estado, las seis piezas de artillería, y continuar para Huamantla con poco ménos de dos mil caballos que le quedaban. Habian ya emprendido su marcha aquellos cuerpos, y se hallaba la artillería en San Andres Chalchicomula, cuando recibió

contraórden para volver á Nopalúcan en union del escuadron espresado; y en consecuencia, regresaron á este punto dos dias despues de haber salido de allí. Ya entónces apenas quedaban poco mas de mil dragones; pues habian desertado no solamente muchos soldados, sino tambien muchos oficiales, principalmente de Húsares, que fué en otro tiempo el cuerpo distinguido del general Santa-Anna.

El 8 de Octubre se hallaban estas fuerzas en Huamantla con órden de marchar el siguiente dia. El general Santa-Anna tuvo noticia de que el convoy americano habia cambiado de rumbo, y se proponia pasar por el Pinal, dejando á un lado á Huamantla: bajo esta inteligencia, dispuso la salida de las tropas, á las que pasó revista en la mañana del dia 9, ordenando que la artillería y el parque quedasen dentro del pueblo y los artilleros en descanso, sin otra fatiga que una guardia de ocho hombres que custodiaban las piezas. No es la primera vez que el general Santa-Anna demuestra su falta de prudencia, cometiendo esta clase de imprevisiones.

Dos horas despues de la salida del general Santa-Anna, un paisano se presentó á los oficiales de artillería, avisándoles que el enemigo se dirigia precipitadamente al pueblo á apoderarse de las piezas, que sabia se encontraban sin custodia. Los oficiales de artillería, Segura y Gil, que se hallaban en Huamantla, luego que se persuadieron de la exactitud de esta noticia, dispusieron que se trajesen todos los trenes, ó para evacuar la poblacion, ó para resistir en lo posible la entrega de las piezas, salvando al ménos las que se pudiesen. Esto pasaba en los momentos mismos en que el enemigo entraba ya dentro del pueblo, y comenzaban á reunirse los artilleros necesarios para dotar las piezas: á este tiempo el capitan D. Febronio Quijano dispuso que un cañon se situara en la boca-calle para donde venian los enemigos, sirviéndolo los ocho hombres de guardia y dos sargentos que se habian reunido, y que las otras piezas se retiraran apresuradamente rumbo opuesto á Nopalúcan, distante tres leguas de Huamantla. El fuego de la pieza disparada por el capitan Quijano, contuvo un momento la marcha del enemigo, y se salvaron cuatro piezas, no pudiendo correr igual suerte, ni la que detuvo el capitan Quijano, ni un obus de campaña montado en su carri-cureña, que habiendo sido el último de los que salieron de la plaza, fué alcanzado por los americanos, que lograron aprehenderlo.

Al entrar los enemigos en Huamantla, el pueblo pedia armas para defenderse: el pueblo que dos horas ántes veia con indiferencia los movimientos del ejército, desea ahora libertar sus familias y sus hogares de los horrores y desastres que va indefectiblemente á causarle el enemigo. Tambien en México habia el pueblo querido defenderse, á la vez que el enemigo ocupaba el corazon de la ciudad. ¿Por qué no hicieron estos esfuerzos cuando aun habia tiempo de prepararse oportunamente para la defensa?.... Cien rifleros americanos de á caballo, divididos en pequeñas partidas, recorrian los alrededores, al mismo tiempo que la infantería, formada en columna, penetraba hasta la plaza del pueblo, á donde pocos momentos despues se reconcentró toda la fuerza. La pieza situada al entrar de la plaza, despues de los primeros tiros, y cuando estaban ya heridos dos de nuestros artilleros, fué abandonada por el capitan Quijano, quien marchó con los pocos soldados que tenia, á incorporarse con los demas, que llevaban las otras piezas que se salvaron.

Cuando pasaba la última de éstas por la orilla del pueblo, con direccion á Tlaxcala, el capitan Sanchez Travieso, apareciéndose repentinamente, pues no se le habia visto durante la refriega, mandó detener aquella, y disparó todavía siete cañonazos para impedir el avance del enemigo, marchando á continuacion y á paso veloz á alcanzar los demas trenes, que continuaron su marcha hasta pernoctar en la hacienda de San Diego, rumbo de Tlaxcala.

Los enemigos ocuparon en el pueblo las dos iglesias y los edificios principales, entregándose á los mayores desórdenes, y coronando, como en todas partes, su victoria, con el saqueo y la destruccion.

Cuando nuestra artillería se retiraba, y la infantería enemiga ocupaba las alturas del pueblo, llegó hasta las orillas de éste la caballería del general Santa-Anna: este general se habia propuesto atacar por la retaguardia al convoy americano á su tránsito, que debia verificar por el Pinal, y efectivamente se habia situado ya en el punto que creyó mas á propósito para dar el golpe, cuando recibió el aviso de que el enemigo se dirigia á ocupar Huamantla con una corta fuerza: mandó entónces que el capitan D. Eulalio Villaseñor, con una partida de treinta y cinco hombres marchase precipitadamente á protejer á Huamantla, interin el general en gefe lo seguia con el resto de la di-

vision; pero segun se ve en el parte oficial, á su llegada no le fué posible desalojar á los enemigos de las posiciones que habian tomado.

La ocupacion de Huamantla fué debida esclusivamente á la insuficiencia de las fuerzas que defendian al pueblo; pero despues fué muy costosa al enemigo. Al presentarse el capitan Villaseñor con los treinta y cinco hombres pertenecientes á la policía de Puebla, á cumplir las órdenes del general en gefe, el enemigo se ocupaba en robar todos los edificios, saquear las casas particulares, asesinando á los infelices que se resistian á entregar inmediatamente sus intereses, y en cometer, en fin, todos aquellos desórdenes que hasta los mismos gefes americanos han pretendido en vano evitar alguna vez; mas nuestro valiente capitan, sin arredrarse al ver apoderado de la poblacion un número cinco veces mayor que el suyo, entró hasta la plaza, habiendo divido su fuerza en dos secciones, que lanceando enemigos por todas las calles y puntos que recorrieron, se retiraron despues de un largo tiempo de refriega, cuando el enemigo, reconcentrado ya en su posiciones, no podia ser ofendido por nuestra caballería, á la vez que hacia sobre ésta un fuego muy continuado. El capitan Villaseñor se retiró á dar parte al general en gefe de los resultados de la comision, habiendo dejado tres muertos de nuestra parte, y héchole al enemigo mas de cincuenta, entre ellos un oficial, y herido gravemente al gefe de la partida, que murió aquella mimas noche ántes de llegar á Nopalucan, á donde fué conducido en un coche que tomaron por la fuerza. Este capitan era el temible tejano Walker, que con su guerrilla habia sembrado la muerte y el espanto en el camino de Veracruz.

La justicia exige tributar al capitan Villaseñor un homenage de honor y de gratitud, tanto mas merecido, cuanto que el general Santa-Anna no tuvo á bien hacer mencion de él en el parte que dirigió sobre estos sucesos al supremo gobierno, no obstante de que todos los habitantes de Huamantla hacian de Villaseñor los mas altos elogios, y que éste, al presentarse al general Santa-Anna, llevaba la mas segura confirmacion de ellos en su brazo y en su lanza, enrojecidos con la sangre del enemigo. La legislatura de Puebla ha acordado regalar á este buen ciudadano una lanza de oro, en testimonio de la admiracion y reconocimiento con que ha visto una accion tan brillante.

El enemigo salió de este punto á las oraciones de la noche del mis-

mo dia 9, llevándose la pieza de á cuatro y el obus, cuya carri-cureña hicieron pedazos, igualmente que los cuatro carros que habia para el parque y otros útiles de guerra. Algunos dragones de las fuerzas del general Santa-Anna, estimulados por la conducta de Villaseñor, supieron seguir su ejemplo, y penetraron por las calles de Huamantla hasta el centro; pero á otros varios gefes, oficiales y tropa se les encontró dispersos á tres leguas de Huamantla, á resultas de haberse presentado el dia 10 una pequeña fuerza americana, que atacó el general Stáboli con la caballería, haciéndole algunos muertos y cosa de veinte prisioneros, con los que regresó á Huamantla, presentándoselos al general Santa-Anna, que entró á este pueblo en la mañana de aquel dia.

Costosa fué esta jornada para el enemigo; pero no lo fué ménos para el general Santa-Anna y para la nacion. ¿Dónde está el ejército que marchó á sitiar á Puebla? ¿De qué modo desapareció? La consuncion lo destruyó, y apenas se encontraban unos restos miserables, cuando el general Reyes, que habia ido á reforzar la division del general Santa-Anna, tomó el mando de ésta, en virtud de la órden de 7 de Octubre, que depuso al ex-presidente del mando de las armas, sujetándolo á un juicio en que depurase su conducta militar. La mañana del 11 se reunieron en la hacienda de San Diego con la brigada del general Reyes, las tropas que evacuaron á Huamantla, y regresaron unidas á este punto, á donde llegaron por la tarde, miéntras que la division del general Alvarez y las fuerzas del general Santa-Anna, que no llevó á Huamantla consigo á la llegada del convoy, se retiraron con fecha 13, dejando á Puebla entregada á la venganza del general Lane, cuyas tropas, compuestas de feroces é indisciplinados voluntarios, se esparcieron en la ciudad, cometiendo mil desórdenes, y robando é incendiando algunas casas, todo, sin duda, como castigo de los pasados intentos de reaccion, y como amenaza para lo venidero.

Reunido en Huamantla el general Reyes con el general Santa-Anna, recibió éste la órden de entregar el mando de las armas al general D. Manuel Rincon, ó en su ausencia al general Alvarez, previniéndole avisase el lugar donde quisiera residir durante el tiempo que estuviese pendiente el juicio que iba á abrírsele. Este era el último golpe que debia sufrir el general Santa-Anna, y con el cual no pudo

resignarse: asegúrase que intentó desconocer al gobierno, pronunciándose con la division si queria ésta prestarle su apoyo: pensó tambien en revocar el decreto de su renuncia, publicando otro en que reasumia el poder que habia abdicado, y aun se dice que habia nombrado á los Sres. D. Domingo Ibarra y D. Fernando María Ortega para miembros de este gabinete revolucionario; pero que las observaciones del primero de estos dos señores lo hicieron desistir de este estraviado proyecto, cuya validez pretendió sostener aun en las comunicaciones que dirigió al gobierno supremo, relativas á la órden citada de 7 de Octubre. El resultado positivo de ésta fué, que el general Santa-Anna entregó el mando al general Reyes, por no hallarse allí ni Rincon ni Alvarez, y se retiró á Tehuacan.

CAPITULO XXVI.

ALTA CALIFORNIA.

Cosa de un año ántes de que estallara la guerra, una porcion de aventureros procedentes de los Estados-Unidos y esparcidos en el vasto territorio de Californias, solo aguardaban la señal de los emisarios de aquel gobierno para tomar la iniciativa de la guerra de usurpacion. Varios hechos cometidos por dichos aventureros, con infraccion de las leyes del pais, anunciaron sus intenciones; pero desgraciadamente las autoridades existentes entónces, divididas entre sí, no quisieron ni supieron conjurar la tempestad.

En el mes de Febrero de 1846 se introdujo en el territorio mexicano con una fuerza de rifleros montados, el capitan Fremont, ingeniero del ejército de los Estados-Unidos, con pretesto de una comision científica: solicitó y obtuvo permiso del comandante general, entónces teniente coronel D. José Castro, para recorrer el pais.

Tres meses despues (el 14 de Mayo) esa misma fuerza y su comandante tomaron posesion á mano armada y sorprendieron la importante plaza de Sonoma, apoderándose de toda la artillería, armamento, &c. que allí habia. Reunidos á dicha fuerza los aventureros esparcidos en la márgen del rio Sacramento, y en número de cuatrocientos hombres, proclamaron por sí y ante sí la independencia de